

Tópicos, mentiras y verdades en torno a la Arqueología

por José Antonio Garriguet Mata

«*La arqueología* -dice sentencioso el profesor Henry Jones, ataviado con grandes gafas, pajarita y chaqueta, a sus embelesados estudiantes universitarios al final de una clase, mientras escribe *fact* en la pizarra- *busca el hecho, no la verdad (...)*» Y añade, «*olviden toda idea de ciudades perdidas, viajes exóticos y agujerear el mundo*». Instantes después, vaciada ya el aula de alumnos y en compañía de su amigo el Dr. Marcus Brody, Jones (Indiana, quién si no) abandona el tono académico para mostrar, satisfecho, a su colega la (hasta entonces) última reliquia arqueológica recuperada por él para el museo de su Universidad, arrebatada a un pérfido coleccionista de antigüedades a base, cómo no, de innumerables peligros y golpes: la mítica cruz de oro y joyas del conquistador español Coronado. La escena descrita, por si alguien lo ignora, pertenece a la tercera entrega cinematográfica de la saga basada en las aventuras del célebre, pero ficticio, cazatesoros norteamericano.

Aunque algo manida ya por el excesivo uso que de ella se ha hecho, la figura de Indiana Jones continúa sirviendo a los docentes de todas las universidades del mundo para explicar a estudiantes, aficionados y público en general qué NO es un arqueólogo y qué NO es la Arqueología, al menos en nuestros días (otra cosa era en los años treinta del siglo XX, cuando se sitúa la acción de la película aludida). Pese a los denodados esfuerzos dedicados a dicha labor, el magnetismo que ejercen el Dr. Jones y sus pseudocientíficas actividades es muy poderoso y resulta hartito difícil de combatir. Desde luego, no creo que nadie en la actualidad –salvo quizá los guionistas del film de animación *Tadeo Jones*- piense en serio que los arqueólogos nos dedicamos a buscar tesoros ocultos en tierras exóticas con un látigo en la mano, sombrero calado, chupa de cuero y sonrisa cautivadora. Pero aún no hemos podido vencer del todo algunos viejos tópicos sobre la Arqueología que el cine o la literatura se han encargado, si no de inventar, sí de difundir ampliamente entre las masas.

Uno de esos tópicos duros de roer atañe al excesivo -por no decir casi único- valor material y hasta simbólico que los arqueólogos supuestamente concederíamos a los restos del pasado *per se* (esto es, aislados de su contexto), en detrimento de su valor histórico. La falsa idea del «fetichismo arqueológico», el deseo de encontrar y/o poseer artefactos antiguos de valía incalculable que sirven para explicarlo todo acerca de civilizaciones perdidas, sigue estando muy presente en la mentalidad colectiva, como evidencia en cierto modo el tratamiento que los medios de comunicación conceden aún, y no sólo durante el estío, a los hallazgos arqueológicos más espectaculares. Que la Arqueología pretende generar conocimiento histórico a partir del estudio serio, científico -en equipo, mediante proyectos sometidos a la ley, y no de manera aventurera, individualista e ilegal, como hacen los héroes literarios o del celuloide- de los vestigios materiales; que intenta comprender mejor a las sociedades pretéritas a través de ellos (pues así tal vez nos entendamos mejor a nosotros mismos), y no recuperar tesoros ni elementos mágicos para llenar vitrinas o salas de colecciones públicas y privadas, es algo que todavía cuesta asumir fuera de las universidades y los centros de investigación.

Otro de los errores conceptuales que detectamos a menudo en el conjunto de la sociedad en relación a la Arqueología es la confusión existente entre ésta como disciplina científica y una de sus técnicas de recuperación de datos, la principal y la que más información aporta, es verdad, pero no la única: la excavación. Aunque hasta el intrépido Dr. Jones advierte a sus estudiantes (poco antes de huir de su despacho abrumado por las «aburridas» obligaciones académicas) que «*el 70% de la arqueología se hace en la biblioteca, investigando, leyendo*», sin embargo, para la inmensa mayoría de la ciudadanía, y para no pocos colegas de profesión, investigación y excavación arqueológicas se identifican plenamente. Desde esta perspectiva, el arqueólogo es poco más que un técnico que se pasa el día tirado en la tierra desenterrando cosas antiguas y rotas con su paletín y su cepillo. Sin que pueda negarse que este pensamiento tiene un trasunto real, debe hacerse hincapié en que la Arqueología también analiza e interpreta objetos o edificios que nunca han estado ocultos o cubiertos de tierra; y que, además, no tienen por qué pertenecer a un pasado remoto.

En efecto, el tercer error importante en el que frecuentemente incurren las personas ajenas al mundo de la investigación arqueológica a la hora de caracterizar a la Arqueología consiste en creer que ésta sólo se ocupa de los vestigios de culturas antiguas, llegando como mucho su cometido hasta el final del periodo romano. Nada más lejos de la realidad, pues la Arqueología, como ciencia histórica que es, puede y debe estudiar, aplicando su propia metodología y acudiendo a sus fuentes, cualquier grupo humano de la historia, ya se halle éste más distante o cercano en el tiempo a nosotros y disponga de escasos o cuantiosos documentos escritos.

Los profesionales de la Arqueología, y muy especialmente los docentes, hemos de mostrar a la sociedad cómo es y cómo desarrollamos a diario nuestro trabajo, pues sólo así podremos hacer frente a los equívocos y mentiras que giran en torno a aquella. Es tarea en cambio de novelistas y cineastas entretenernos y hacernos disfrutar con sus creaciones artísticas más logradas.